

# ESPIRITUALIDAD DEL ANTIIMPERIALISMO

**JON SOBRINO**

San Salvador

## 1. El imperio, ídolo omniabarcador

*Imperio e imperialismo* parecían palabras muertas, pero la realidad las ha resucitado. Hoy no basta hablar de opresión y de capitalismo para describir la postración de las grandes mayorías de este mundo. El Norte y las multinacionales lo someten, como no se había conocido antes. Y muy en especial EEUU. Es el imperio actual.

Impone su voluntad sobre todo el planeta, con un poder inmenso, guiado por la pasión del triunfo, en todos los ámbitos de la realidad y a través de todo: industria armamentista, comercio inicuo e injusto, información manipulada o mentirosa, guerra cruel, terrorismo con apariencias legales y barbarie sin miramientos, irrespeto y desafío al derecho internacional, violación de los derechos humanos cuando es necesario, destrucción de la naturaleza... A la larga lo más grave es quizás la contaminación del aire que respira el espíritu humano que se impone en el planeta: la exaltación del individualismo y del éxito, como formas superiores de ser humano, y el irresponsable disfrute de la vida como algo que no admite discusión.

Todo esto asusta, y sin embargo el imperio proclama que es bueno que el mundo sea así. Es buena noticia, evangelio; el advenimiento del *fin de la historia*; la aldea global, el reino de Dios. El ser humano de hoy es afortunado de vivir en este mundo, y el imperio tiene la misión divina de defenderlo y extenderlo.

El imperio es concebido desde categorías religiosas. Como la divinidad, goza de ultimidad y exclusividad. A la acumulación de poder no se le pueda tildar de peligro que tiende a destruir al débil, sino que es expresión de la realidad divina e instrumento que garantiza su presencia en el mundo. Como la divinidad, también el imperio ofrece salvación, cuya forma suprema es el buen vivir. No admite discusión, y nadie puede impedirlo. Exige una ortodoxia y un culto, y, sobre todo, como Moloch, exige víctimas para subsistir. ¿Y los pobres de este mundo? Sólo les quedan las migajas de Lázaro.

Asusta la maldad imperial y asusta su desvergüenza. Y entonces viene la pregunta: ¿Y nosotros, qué hacer? La respuesta la da Pedro Casaldáliga en la presentación de esta Agenda: «Contra la política opresora de cualquier imperio, la política liberadora del Reino».

## 2. Honradez con lo real y sumisión a sólo Dios

El imperio es el instrumento que adopta el Maligno, la *bestia* a la que el *dragón* le concede su fuerza destructora según el Apocalipsis (cap. 12 y 13)...

El maligno es “mentiroso”, y ante el embuste primordial del imperio, el primer acto del espíritu es desenmascararlo, ejercitar la *honradez con lo real*. Esa honradez no es fácil, pues el mal se encubre y hace lo posible por aparecer como lo contrario. El imperio se hace pasar por bienhechor, guardián del bien, fuente de esperanza y liberador incluso de los “menos favorecidos” del planeta. Hoy además tiene viento a favor tras la caída del socialismo y la globalización.

a) El entusiasmo precipitado que se produjo tras la *caída del muro de Berlín* generó un ambiente engañoso: el mal radical había desaparecido. No se vislumbraban grandes luchas *bélicas*, aunque el bloque triunfante no dejaba de prepararse para las guerras del petróleo, del agua, del coltán... La misión de la potencia superviviente era garantizar el bien en el resto de los países de abundancia, y prometer esos mismos bienes a los pobres. Y a EEUU le tocó gestionar la paz, que se convirtió en la *pax americana*, sucesora de la *pax romana*.

b) Todo esto coincidió, además, con la *globalización*, que sus defensores rodearon de una aureola espléndida de buena noticia. Y los poderes la presentan, aunque reconozcan problemas, como algo bueno y salvífico.

Conclusión para la espiritualidad: contra el imperio hay que generar un espíritu de lucha por amor a las víctimas. Y, como se encubre, el primer paso efectivo de una espiritualidad anti-imperialista es *desenmascararlo*. Es la honradez con lo real.

“Sólo Dios es Dios”. No lo es ni el César ni el imperio. Equivocarse en eso, en forma creyente o secularizada, tiene gravísimas consecuencias.

## 3. Jesús: una cultura evangélica contracultural

En el día-a-día el imperialismo penetra en los seres humanos de muchas formas: con la seducción -para unos pocos- y el engaño -para las mayorías- de la llamada “cultura estadounidense”, *the american way of life*. Ésta impone dos visiones de la vida muy poderosas: el *individualismo*, como forma suprema de ser, y el *éxito* como verificación última del sentido de la vida. Nos lo ofrecen

-y nos lo imponen- como lo mejor que ha producido la historia. Y a la inversa, fraternidad, compasión y servicio son productos culturales secundarios, tolerados, pero no promovidos. Insistir en ellos más que en los otros no es “políticamente correcto”. La *igualdad* de la revolución francesa, y nada digamos de la *fraternidad* del evangelio, se han quedado obsoletas. El imperio genera también polución espiritual. El aire que respira el espíritu sofoca, asfixia, envenena.

Este sometimiento al modo de ser y de comportarse es radicalmente antievangélico, y por ello el cristiano debe combatirlo desde “el modo de ser de Jesús”. El imperio pretende que nuestra ilusión sea comer, beber, cantar, ver deporte y divertirse como allí se hace. Por eso, a ello hay que oponer una comida y bebida como mesa compartida, una música que genera comunión y gozo, no simple *entertainment*, un deporte con austeridad y sin dispendios insultantes, con disciplina y rivalidad dentro de una misma familia. Eso es espiritualidad anti-imperial en el día a día. Y también lo es, tal como están las cosas, defender un “nacionalismo”, bien entendido como el derecho a la diferencia: la defensa de la bondad de la creación de Dios, en diferentes pueblos, tradiciones, culturas y religiones.

#### 4. El escándalo de una salvación que viene de abajo

Contra el imperio hay que luchar de diversas maneras, y los cristianos no deben rehuir ni el desarrollo de teorías antiimperialistas, ni la creación de fuerzas sociales y políticas que se le opongan o que lo minen poco a poco, ni siquiera la participación en revoluciones justas, como ha ocurrido a lo largo de la historia. No vamos a desarrollarlo ahora. Sí queremos mencionar algunos elementos beligerantes más específicamente cristianos, “absurdos”, aparentemente “inoperantes”, pero que, como las pequeñas piedras que caían del monte en la visión de Daniel, pueden destruir los pies de barro de los grandes imperios. Esas “pequeñas piedras” son las grandes realidades cristianas, aunque escandalosas y tenidas por inútiles. Promoverlas forma parte de una espiritualidad antiimperial. En principio, porque quiebran la lógica más profunda del imperio de que sólo el sometimiento y el poder salvan.

La tesis fundamental antiimperial es que *la liberación proviene de las víctimas* del imperio. El puro poder nunca ofrece liberación digna de seres humanos. La tradición bíblico-cristiana, no comienza con el poder. Lo débil y pequeño es lo que está en el centro del dinamismo de la liberación. Ellos son sus portadores, no sólo sus beneficiarios. La utopía responde a su esperanza, no a la de los poderosos.

Y junto a esta tesis fundamental podemos enumerar más brevemente otras no menos escandalosas, pero igualmente cristianas y de largo alcance, que son como las pequeñas piedras que hacen desmoronarse al imperio.

a) El reino de Dios advendrá como *civilización de la pobreza*, en contra de la *civilización de la riqueza* que ni ha dado vida ni ha humanizado. De ahí la imperiosa necesidad de una crítica a la prosperidad, que suele ser alabada sin ninguna dialéctica, pero que es en muy buena parte deshumanizante por generar epulones y Lázaros. No es justificación para el imperio generar simplemente prosperidad.

b) La máxima autoridad en el planeta es *la autoridad de los que sufren*, sin que haya ningún tribunal de apelación. De ahí la necesidad de una crítica, sospecha al menos, también hacia la democracia -¿cuánto se echa de menos a los antiguos “maestros de la sospecha”!-. En el mejor de los casos, se pone en favor del ciudadano y en él encuentra la fuente del poder, pero no se pone, misericordiosamente, del lado del que sufre, ni encuentra en él legitimidad y autoridad. No es justificación para el imperio poder apelar simplemente a la democracia -y qué democracia, *light*, de baja intensidad, fraudulenta, de soberanía limitada...-.

c) Superación del panegirismo acrítico de todo lo que sea diálogo y tolerancia, sin introducir un mínimo de dialéctica de confrontación y denuncia de la opresión y sometimiento. No es justificación para el imperio que entable conversaciones con sus coadláteres y haga como si escuchase a los pueblos sometidos.

d) Superación del chantaje de una ingobernabilidad, que sería producto de la polarización política, lo que encubre el antagonismo cruel entre los pocos y los muchos. No es justificación para el imperio que, al menos, garantice la gobernabilidad mundial.

e) Por último pelear la batalla del lenguaje, creado y controlado por los poderosos. No hay que dejarse imponer la definición de lo que es terrorismo y paz, comunidad internacional y civilización. Más de fondo, no hay que dejarse imponer la definición de lo que es “lo humano”. Aceptar que existe un decir “políticamente correcto” es facilitar muchas cosas al imperio.

Jesús habló de un mundo configurado por la bondad graciosa de Dios, no por el poder positivo del emperador. Eso es bien sabido, y de ahí que los cristianos debiéramos ser, visceralmente, si se quiere, anti-imperio y pro-reino. Y en eso nos va nuestra esencia.